

Mateo 3:1-12

Mateo 3:1-12 Adviento 2, 1998

3 En aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea ² y diciendo: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado." ³ Pues éste es aquel de quien fue dicho por medio del profeta Isaías:

Voz del que proclama en el desierto:

"Preparad el camino del Señor;

enderezad sus sendas."

⁴ Juan mismo estaba vestido de pelo de camello y con un cinto de cuero a la cintura. Su comida era langostas y miel silvestre. ⁵ Entonces salían a él Jerusalén y toda Judea y toda la región del Jordán, ⁶ y confesando sus pecados eran bautizados por él en el río Jordán.

⁷ Pero cuando Juan vio que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: "¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?" ⁸ Producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento; ⁹ y no penséis decir dentro de vosotros: 'A Abraham tenemos por padre.' Porque yo os digo que aun de estas piedras Dios puede levantar hijos a Abraham. ¹⁰ El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles. Por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego. ¹¹ Yo, a la verdad, os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene después de mí, cuyo calzado no soy digno de llevar, es más poderoso que yo. El os bautizará en el Espíritu Santo y fuego. ¹² Su aventador está en su mano, y limpiará su era. Recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en el fuego que nunca se apagará."

Estamos en Adviento, un tiempo de espera, un tiempo de preparación. Es cierto que Jesús ya vino hace casi dos milenios, pero la necesidad de la verdadera preparación espiritual es tan apremiante hoy como lo fue en ese tiempo tan remoto. El texto trata de Juan el Bautista, pero el mensaje que él predicó es tan válido hoy como lo fue cuando primero apareció en el desierto de Judea. Basándonos en el texto de hoy, meditemos en el mensaje: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado"

- I. El mensaje de Juan es un mensaje de arrepentimiento
- II. Hay dos respuestas a este mensaje de arrepentimiento
- III. Para los impenitentes, la venida de Cristo sólo traerá un juicio seguro y eterno.
- IV. Para los que se arrepientan, la venida de Cristo les trae bendición y salvación

“En aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea”. Todo acerca del hombre tenía el efecto de subrayar lo urgente y serio de su mensaje. El lugar de su actividad, el desierto, los lugares deshabitados, lejos de todo lujo y placer dio énfasis a lo solemne de su mensaje. Su ropa, la ropa de los más pobres, un manto burdo de pelo de camello, y su comida, langostas o saltamontes y miel silvestre, todo sirvió para aumentar el impacto de su extraño y perturbador mensaje.

¿Y cuál fue su mensaje? “Arrepentíos”, proclamó, “porque el reino de los cielos se ha acercado.” Después de 400 años en que no ha habido mensaje profético en Judea, otra vez se levanta una voz que presenta al pueblo su posición crítica, su necesidad imprescindible de un cambio total de corazón y mente que se llama el arrepentimiento. Porque esto es lo que quiere decir el arrepentimiento. Es un cambio de actitud, un dejar el pecado en que se ha vivido contrario a la voluntad de Dios, y volver la mira a Dios buscando su perdón. Cuando Juan dice al pueblo de Judea: “Arrepentíos”, les está indicando que, a pesar de tener el nombre de ser los miembros del pueblo de Dios, a pesar de ser los descendientes de los grandes patriarcas, todos tienen necesidad de la verdadera conversión de sus malos caminos para volver al Dios viviente.

El arrepentimiento es tan necesario porque sin él, el pecado en el corazón humano presenta barreras insuperables a la llegada de la salvación, a la llegada del reino de los cielos. Esto es retratado en las imágenes poéticas que Mateo cita del profeta Isaías. *Voz del que proclama en el desierto: “Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas.”* En Isaías el pasaje sigue con “¡Todo valle será rellenado, y todo monte y colina rebajados! ¡Lo torcido será convertido en llanura, y lo escabroso en amplio valle! Entonces se manifestará la gloria de Jehovah, y todo mortal juntamente la verá; porque la boca de Jehovah ha hablado.” Trata de la llegada de un rey. Para ello se tiene que preparar las carreteras y caminos, para que el rey tenga una entrada digna. Pero cuando se dice que todo valle será rellenado, y todo monte y colina rebajados, lo torcido convertido en llanura

y el escabroso en amplio valle, es evidente que éste no es ningún proyecto de construcción normal. Ningún ser humano podrá hacer algo así con su propia fuerza, de modo que es Dios mismo que tendrá que proveer el camino por el cual entrará la gloria de Jehová.

El desierto de la cita, y la razón por la cual Juan predicó en el desierto, es para indicar la condición del corazón humano. El pecado, el orgullo, la idea de ser justos nosotros mismos con nuestras propias obras, todo esto cierra el corazón humano a la entrada del rey del reino de los cielos. Todos éstos son barreras contra la entrada de Cristo con su gracia en el corazón. Tiene que haber un cambio total, de modo que los corazones de piedra se conviertan en corazones de carne, penetrables por la gracia del Señor. Corazones que han estado esclavizados al pecado tienen que ser libertados, corazones llenos de orgullo tienen que ser humillados, corazones que han estado con la seguridad carnal, viviendo indiferentes frente a la inminencia del juicio de Dios, tienen que ser despertados a la realidad de la destrucción que les amenaza, para que vuelvan a Cristo y esperen la entrada de él con su gracia y perdón. Esto es lo que significaba el mensaje de Juan: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.

Este es el mismo mensaje que tiene que seguir resonando en la iglesia y el mundo de hoy. El arrepentimiento no es algo que se hace una vez y luego se olvida. Como dijo Lutero en la primera de sus 95 tesis: “Cuando nuestro Señor Jesucristo dijo: ‘Arrepentíos’, quería decir que toda la vida del cristiano debe ser un continuo arrepentirse.” Todavía es cierto que diariamente pecamos mucho. Pero si se acalla la proclamación de la ley y la advertencia “arrepentíos”, fácilmente se duerme nuestra conciencia, comenzamos a pensar que no estamos tan mal, comienza el orgullo y la indiferencia espiritual, y estamos en peligro de caer otra vez de la fe en el Señor Jesús y perder la salvación. Examinemos lo demás de este gran texto para que esto no suceda.

Cuando este mensaje de arrepentimiento llega a la gente, hay dos reacciones posibles. Algunos, con la gracia del Espíritu Santo, aceptan el mensaje, mientras otros lo rechazan.

Estas dos reacciones son retratadas en nuestro texto. “Entonces salían a él Jerusalén y toda Judea y toda la región del Jordán, y confesando sus pecados eran bautizados por él en el río Jordán.”

Muchos, por el impacto del serio llamado al arrepentimiento del mensaje de Juan, confesaron sus pecados. Reconocieron su necesidad espiritual. Vieron su única esperanza en la llegada de la gracia de Dios y el reino mesiánico de los cielos. Así que fueron bautizados con el bautismo de Juan, que era, como vemos en un pasaje paralelo, un bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados. Multitudes recibieron ese bautismo que estaba ligado con la inminente llegada del Salvador tan largo tiempo esperado. Confesaron sus pecados, y miraron al rey del reino de los cielos para el perdón de esos pecados.

Pero no todos venían con esta actitud de verdadero arrepentimiento. También oímos que “muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo”. Los fariseos eran los legalistas de su día. Se dedicaban a cumplir con detalle los mandamientos no sólo de la ley sino de las tradiciones de los padres. Su actitud habrá sido: Otros necesitan de arrepentimiento, pero yo no. Los saduceos eran los racionalistas de su día. No creían en la existencia después de la muerte, ni en los ángeles, ni en buena parte de la Biblia. Sin embargo, un grupo compuesto de estos dos partidos se vino a Juan para ser bautizados. A ellos Juan tuvo que decir: “¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento; y no penséis decir dentro de vosotros: ‘A Abraham tenemos por padre.’ Porque yo os digo que aun de estas piedras Dios puede levantar hijos a Abraham.”

Solamente ser un hijo de Abraham en el sentido físico no les salvaría. De hecho, solamente someterse al bautismo como un acto formal no les ayudaría. En donde no hay la sincera confesión de ser pecadores que necesitan de la gracia y el perdón de Dios, el rito formal no ayudará en nada. Si niegan la fe para la cual fueron bautizados, el bautismo seguiría siendo válido, pero ellos habrían perdido todo beneficio de él por su incredulidad. Su falta de arrepentimiento tendría las más serias consecuencias.

Así Juan les advierte a esa gente impenitente que su situación en realidad está desesperada y urgente. “Producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento.” “El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles. Por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego.” El arrepentimiento se demostrará en una vida cambiada, en un reconocimiento de la realidad del pecado en nuestras vidas, en una lucha sincera contra el pecado que ha

habido en nuestras vidas. No hay la posibilidad de producir ese cambio por nosotros mismos. Sólo el Espíritu Santo puede producir ese arrepentimiento en nosotros. Pero el primer paso ineludible a eso es el reconocimiento verdadero de nuestro pecado, y del juicio que pende sobre nosotros y amenaza con caer sobre nosotros en cualquier momento. Sólo entonces estaremos en una condición para buscar nuestro refugio en el Salvador que viene después de Juan. Sólo así los árboles malos se convertirán en árboles buenos que produzcan buen fruto. En donde esto no suceda, el hacha entrará en acción y cortará tal árbol que sólo sirve para ser quemado. Es evidente lo que significan las figuras que se usan aquí. Sin el verdadero arrepentimiento y la fe genuina en Cristo, sólo viene el juicio, un juicio que será terrible. Al final de nuestro texto, oímos del destino final de los que no producen frutos dignos del arrepentimiento, de los árboles que, por ser malos, no dieron sino malos frutos. Allí están retratados bajo la imagen de paja, que en el juicio final será separado del grano precioso. De ella oímos: “quemará la paja en el fuego que nunca se apagará”. Tan terrible es el final de los impenitentes que se tiene que apartarse de la figura, pero entrar en algo de la realidad, un tormento como de fuego que no tendrá fin ni alivio por toda la eternidad. Verdaderamente un mensaje solemne, y verdaderamente un mensaje aterrador y urgente.

Pero la oportunidad no ha terminado ni para estos fariseos y saduceos en ese momento. Por eso Juan vuelve a hablar del que viene después de él. “Yo, a la verdad, os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene después de mí, cuyo calzado no soy digno de llevar, es más poderoso que yo. Él os bautizará en el Espíritu Santo y fuego.” Como todo fiel predicador, Juan desvía la atención de su persona para dirigir a sus oyentes a Cristo. Él es capaz de dar este verdadero arrepentimiento. Él es capaz de obrar la fe en él. De hecho, es él que dará al Espíritu Santo en toda su plenitud a la iglesia para que sea una iglesia que produzca abundantemente frutos dignos de arrepentimiento. El tomará a muchos que son solamente paja y hojarasca, y los convertirá en grano precioso. A éstos él los “recogerá en su granero”. Les dirá: “Venid, benditos de mi padre. Heredad el reino que ha sido preparado para vosotros desde la fundación del mundo.” Este es el precioso fin de todos los que escuchan y hacen caso al mensaje de arrepentimiento. Tendrán una vida eterna y bienaventurada en los cielos, que será la herencia que

ha ganado para ellos su Rey y Salvador Jesucristo con su muerte por ellos en la cruz.

¿Y cómo será con nosotros? ¿Haremos caso al mensaje de Juan que resuena también entre nosotros hoy día? ¿Pensaremos, como los fariseos, que una religión puramente formal nos salvará en el día del juicio, mientras seguimos con el orgullo espiritual en el corazón que espera que Dios nos premie porque hemos tenido el nombre de luterano, porque hemos asistido a la iglesia, porque somos pastores o seminaristas? ¿Albergaremos en nuestros corazones un corazón incrédulo como los saduceos, que se interesaban más en lo que ellos podían recibir en privilegios sociales de su religión en este mundo que del corazón de la religión, el arrepentimiento verdadero y la fe en Jesucristo? ¿Pensaremos que ser cristiano es sólo asunto de palabras, y que el asunto del fruto de una nueva vida vivida para Dios sea asunto sin importancia? En breve, ¿nos quedaremos impenitentes? No lo hagamos, porque ese camino nos llevará al más severo y terrible juicio. ¿O no reconoceremos mejor que todavía se nos acerca el reino de los cielos, y pediremos que el Espíritu Santo quite de nosotros toda predilección por el pecado, todo orgullo que nos haría pensar que Dios nos debe la salvación, todo escepticismo acerca de su misericordiosa oferta de salvación, toda indiferencia hacia el rey que viene que tan fácilmente otra vez se apodera de nuestro corazón? Sí, oh Señor. Limpia nuestros corazones. Quitá toda barrera y obstáculo del camino del misericordioso rey del reino de los cielos. Danos corazones fieles, en donde entrará y reinará Cristo con su reinado misericordioso de gracia. Danos una fe viva y activa en él, que produzca verdaderos frutos del arrepentimiento en una nueva vida de obediencia a la santa voluntad de Dios. Así, por la acción misericordiosa y benigna de Cristo, seremos verdaderos hijos de Dios, y finalmente seremos recogidos por él en el granero de la eterna felicidad. Sí, Dios conceda que sea así. Amén.